

Las espectaculares revelaciones de Edward Snowden han permitido a la opinión pública mundial tener conocimiento de que la protección de la vida privada está siendo amenazada por la vigilancia de masas a la que nos someten los dispositivos tecnológicos cotidianos (smartphones, tabletas, computadoras) que deberían servir para ampliar nuestro espacio de libertad... Sin embargo, todavía no somos conscientes de hasta qué punto estamos siendo espiados. Y, por tanto, controlados. Internet ha revolucionado totalmente los campos de la información, propiciando así una vigilancia invasiva y omnipresente. De ello se benefician, en primer lugar, las cinco megaempresas privadas que dominan la Red: Google, Apple, Facebook, Amazon y Microsoft, que se enriquecen con la explotación de nuestros datos personales, datos que transfieren continuamente a la NSA, la más secreta y poderosa de las agencias de información estadounidenses. Y también los gobiernos –incluidos los más democráticos– que, con el pretexto de luchar contra el terrorismo, se erigen en un renovado *Big Brother*, transgrediendo el Estado de Derecho para espiar mejor a sus ciudadanos.

Con una rigurosa documentación y numerosos ejemplos, Ignacio Ramonet describe la alianza sin precedentes entre el Estado, el aparato militar de seguridad y las grandes compañías de Internet que ha originado este “Imperio de la vigilancia”.

Las entrevistas con Julian Assange, fundador de WikiLeaks, y Noam Chomsky, uno de los intelectuales más influyentes de nuestro tiempo, completan este libro imprescindible, que propone a todos los ciudadanos de las democracias amenazadas: “¡Contra la vigilancia masiva, resistencia masiva!”.

Ediciones *Le Monde diplomatique* «el Diplo»

ci Capital intelectual

Imperio De La Vigilancia, El
ISBN 9789876145046



9789876145046

€ 1.4.4.3

IGNACIO RAMONET

EL IMPERIO DE LA

VIGILANCIA

Nadie está a salvo de la
red global de espionaje

ci Capital intelectual

Introducción

Vigilar: observar atentamente algo o a alguien para controlarlo.

Diccionario Larousse

Durante mucho tiempo, la idea de un mundo “totalmente vigilado” ha parecido un delirio utópico o paranoico, fruto de la imaginación más o menos alucinada de los obsesionados por los complots. Sin embargo, hay que rendirse a la evidencia: aquí y ahora vivimos bajo el control de una especie de Imperio de la vigilancia. Sin que nos demos cuenta, estamos cada vez más siendo observados, espiados, vigilados, controlados, fichados. Cada día se perfeccionan nuevas tecnologías para el rastreo de nuestras huellas. Empresas comerciales y agencias publicitarias investigan nuestras vidas. Con el pretexto de luchar contra el terrorismo y otras plagas (1), los gobiernos, incluso los más democráticos, se erigen en Big Brother, y no dudan en infringir sus propias leyes para poder espiarnos mejor. En secreto, los nuevos Estados orwe-

1 Julian Assange afirma que las democracias se enfrentan, de hecho, a los “cuatro jinetes del Infocalipsis”: el terrorismo, la pornografía infantil, el blanqueo de dinero y las guerras contra la droga y el narcotráfico. Cada una de estas plagas, a las que evidentemente hay que combatir, sirve también de pretexto para reforzar permanentemente los sistemas de vigilancia global sobre las poblaciones. Véase Julian Assange y Jacob Appelbaum, Andy Müller-Maughn y Jérémie Zimmerman, *Ménace sur nos libertés. Comment Internet nus espionne. Comment résister.*

lianos intentan, muchas veces con la ayuda de los gigantes de la Red, elaborar exhaustivos archivos de nuestros datos personales y de nuestros contactos (2), extraídos de los diferentes soportes electrónicos.

Tras la oleada de ataques terroristas que desde hace veinte años viene golpeando ciudades como Nueva York, Washington, París, Toulouse, Bruselas, Boston, Ottawa, Oslo, Londres, Madrid, Túnez, Marrakech, Casablanca, Ankara, etc., las autoridades no han dejado de utilizar el enorme pavor de una sociedad en estado de shock para intensificar la vigilancia y reducir, en la misma proporción, la protección de nuestra vida privada.

Que se entienda bien: el problema no es la vigilancia en general; es la vigilancia clandestina masiva. Bien se sabe que en un Estado democrático las autoridades están completamente legitimadas para vigilar a cualquier persona que consideren sospechosa, apoyándose en la ley y con la autorización previa de un juez. Como dice Edward Snowden:

No hay problema cuando se trata de escuchas telefónicas a Osama Bin Laden. Los investigadores pueden hacer este trabajo mientras tengan permiso de un juez —un juez independiente, un juez de verdad, no un juez anónimo—, y puedan probar que hay una buena razón para autorizar la escucha. Y así es como se debe hacer. El problema surge cuando nos controlan a todos, en masa y todo el tiempo, sin una justificación precisa para interceptar nuestras comunicaciones, sin indicio jurídico alguno que demuestre que hay una razón plausible para violar nuestros derechos (3).

2 Se trata esencialmente de informaciones que permiten identificarnos, ya sea directa o indirectamente: nombre y apellido, foto, fecha y lugar de nacimiento, estado civil, dirección postal, número de la seguridad social, número de teléfono, número de tarjeta bancaria, número de la matrícula del vehículo, correo electrónico, cuentas de redes sociales, dirección IP de la computadora, grupo sanguíneo, huellas digitales, huella genética, elementos de identificación biométrica, etc.

3 Katrina van den Heuvel y Stephen F. Cohen, "Entrevista con Edward Snowden", *The Nation*, Nueva York, 28 de octubre de 2014; *Le Monde diplomatique en español*, octubre de 2015.

Con la ayuda de algoritmos cada vez más perfeccionados, miles de investigadores, ingenieros, matemáticos, estadísticos, informáticos, persiguen y criban las informaciones que generamos sobre nosotros mismos. Desde el espacio nos siguen satélites y drones de mirada penetrante. En las terminales de los aeropuertos, escáneres biométricos analizan nuestros pasos, "leen" nuestro iris y nuestras huellas digitales. Cámaras infrarrojas miden nuestra temperatura corporal. Las pupilas silenciosas de cámaras de video nos escudriñan en las veredas de las ciudades o en los pasillos de los supermercados (4). Nos siguen la pista también en la oficina, en las calles, en el autobús, en el banco, en el subte, en el estadio, en los estacionamientos, en los ascensores, en los centros comerciales, en carreteras, estaciones, aeropuertos...

Además, con el desarrollo en marcha de la "Internet de las cosas", muchos elementos de nuestro hogar (heladera, botiquín, bodega, etc.), incluso nuestro vehículo (5), van a poder suministrar también informaciones valiosas sobre nuestras costumbres más personales.

Debemos señalar que la inimaginable revolución digital que estamos viviendo, y que trastoca ya tantas actividades y profesiones, también ha modificado completamente el campo de la información y el de la vigilancia. En la era de Internet, la vigilancia se ha vuelto omnipresente y totalmente inmaterial, imperceptible, indetectable, invisible. Además, ya es, técnicamente, de una excesiva sencillez.

Software espía

Ya no son necesarios toscos trabajos de albañilería para instalar cables y micrófonos, como en la película *La conversación* (6), en la que un grupo de "fontaneros" ["plomeros"] presenta, en un salón

4 Como se puede ver claramente en la película de Stéphane Brizé, *La Loi du marché*, 2015.

5 Véase "La voiture, cette espionne", *Le Monde*, 2 de octubre de 2015.

6 Francis Ford Coppola, 1974.

dedicado a las técnicas de vigilancia, chivatos [dispositivos] más o menos chapuceros, rebosantes de hilos eléctricos, que había que disimular en las paredes o bajo los techos... Varios estrepitosos escándalos de la época —el caso Watergate (7), en Estados Unidos; el de los “fontaneros del *Canard*” (8), en Francia—, fueron fracasos humillantes de los servicios de información, que mostraron los límites de estos viejos métodos mecánicos, fácilmente detectables y perceptibles.

En la actualidad, poner a alguien bajo escucha es asombrosamente fácil, y está al alcance de cualquiera. Quien quiera espiar su entorno encuentra una larga lista de opciones (9) de libre acceso en el comercio, en primer lugar, manuales de instrucción muy didácticos “para aprender a seguir la pista y espiar a la gente” (10). Y al menos media docena de software espías (mSpy, GSmspy, FlexiSpy, Spyera, EasySpy) que “leen” sin problemas el contenido de los teléfonos móviles (11): SMS, correos electrónicos, cuentas en Facebook, WhatsApp, Twitter, etc.

Con el impulso del consumo “en línea” se ha desarrollado considerablemente la vigilancia de tipo comercial, que ha gene-

7 El caso Watergate fue un asunto de espionaje político con múltiples ramificaciones, que empezó con la detención, en 1972, de falsos ladrones que habían colocado micrófonos en el interior del edificio Watergate, en Washington, en las oficinas del Partido Demócrata, y desembocó en la dimisión del entonces presidente Richard Nixon, en agosto de 1974.

8 Escándalo político durante la presidencia de Georges Pompidou: en diciembre de 1973, en París, se descubrió en los locales del semanario satírico *Le Canard enchaîné* un sistema de escuchas que habían colocado una decena de agentes de la Dirección de la Vigilancia del Territorio (DST, su sigla en francés), disfrazados de plomeros.

9 Aunque, en Francia, el artículo 226-1 del Código Penal impone una pena “de un año de prisión y 45.000 euros de multa por atentar voluntariamente, mediante cualquier procedimiento, contra la intimidad de la vida privada de otro: captando, grabando o transmitiendo, sin el consentimiento de su autor, palabras pronunciadas a título privado o confidencial; fijando, grabando o transmitiendo, sin su consentimiento, la imagen de una persona mientras se encuentra en un lugar privado”.

10 Véase, por ejemplo, Charles Cohle, *Je sais qui vous êtes. Le manuel d'espionnage sur Internet*, Nantes, Institut Pandore, 2014.

11 Incluso existen “comparadores de software de vigilancia” que la publicidad presenta de esta manera: “Un comparador claro y completo de los programas espía para el móvil, que le permitirá elegir y poder tomar una decisión acertada y económica antes de comprar su aplicación de localización”. Véase <http://www.smartsupervisors.com/>

rado un gigantesco mercado de datos personales, convertidos en mercancía. Cuando nos conectamos a una web, las *cookies* (12) guardan en la memoria el conjunto de las búsquedas realizadas, lo que permite establecer nuestro perfil de consumidor. En menos de veinte milisegundos, el editor de la página que visitamos vende a potenciales anunciantes informaciónes que nos afectan, recogidas sobre todo por las *cookies*. Apenas algunos milisegundos después, aparece en nuestra pantalla la publicidad que supuestamente tiene más impacto en nosotros. Y ya estamos definitivamente fichados (13).

Una alianza sin precedentes

En cierto modo, la vigilancia se ha “privatizado” y “democratizado”. Ya no es un asunto reservado únicamente a los servicios gubernamentales de información. Aunque, gracias también a las estrechas complicidades que los Estados han entablado con las grandes empresas privadas que dominan las industrias de la informática y de las telecomunicaciones, su capacidad en materia de espionaje de masas ha crecido de forma exponencial. En la entrevista con Julian Assange que publicamos en los Anexos de este libro, el fundador de WikiLeaks (14) afirma:

Las nuevas empresas, como Google, Apple, Microsoft, Amazon y más recientemente Facebook han establecido estrechos lazos con el aparato del Estado en Washington, especialmente con los res-

12 La *cookie* equivale a un pequeño archivo de texto que está almacenado en la terminal del internauta. Permite a los programadores de sitios de Internet conservar los datos del usuario con el fin de facilitar su navegación. Las *cookies* siempre han sido cuestionadas, ya que contienen información personal residual que potencialmente puede ser utilizada por terceros (fuente: Wikipedia).

13 <http://digital-society-forum.orange.com/fr/>

14 Sobre WikiLeaks, véase *La explosión del periodismo*, Ignacio Ramonet, Clave Intelectual (Madrid) y Capital Intelectual (Buenos Aires), 2011, pp. 93-123.

ponsables de la política exterior. Esta relación se ha convertido en una evidencia [...]. Comparten las mismas ideas políticas y tienen idéntica visión del mundo. En última instancia, los estrechos vínculos y la visión común del mundo de Google y la Administración estadounidense están al servicio de los objetivos de la política exterior de Estados Unidos (15).

Esta alianza sin precedentes –Estado + aparato militar de seguridad + industrias gigantes de la Web– ha creado este Imperio de la vigilancia cuyo objetivo claro y concreto es poner Internet bajo escucha, todo Internet y a todos los internautas.

En esta situación, es necesario tener en cuenta dos ideas muy concretas:

1) El ciberespacio se ha convertido en una especie de quinto elemento. El filósofo griego Empédocles sostenía que nuestro mundo estaba formado por una combinación de cuatro elementos: tierra, aire, agua y fuego. Pero el surgimiento de Internet, con su misterioso “interesespacio” superpuesto al nuestro, formado por miles de millones de intercambios digitales de todo tipo, por su *streaming* y su *clouding*, ha engendrado un nuevo universo, en cierto modo cuántico, que viene a completar la realidad de nuestro mundo contemporáneo como si fuera un auténtico quinto elemento.

En este sentido, hay que señalar que cada uno de los cuatro elementos tradicionales constituye, históricamente, un campo de batalla, un lugar de confrontación. Y que los Estados han tenido que desarrollar componentes específicos de las Fuerzas Armadas para cada uno de estos elementos: el Ejército de Tierra, la Fuerza Aérea, la Armada y, con carácter más singular, los bomberos o “guerreros del fuego”. De manera natural, desde el desarrollo de la aviación militar en 1914-1918, todas las grandes potencias han añadido hoy, a los tres ejércitos tradicionales y a los combatientes

15 Véanse págs. 103-125.

del fuego, un ejército cuyo ecosistema es el quinto elemento: el *ciberejército*, encargado de la *ciberdefensa*, que tiene sus propias estructuras orgánicas, su Estado mayor, sus *cibersoldados* y sus propias armas: supercomputadoras preparadas para librar la *ciberguerra digital* (16) en el ámbito de Internet.

2) Internet se ha centralizado. Al principio, se percibió la Red como una explosión de posibilidades de expresión individuales, que permitía escapar de la dependencia de los monopolios estatales (correo, telégrafo, teléfono), de los gigantes de las telecomunicaciones y de los grandes medios de comunicación dominantes (prensa gráfica, radio, televisión). Era sinónimo de libertad, de evasión, de creatividad. Veinticinco años después, la Red está a punto de sufrir una violenta centralización en torno a colosales empresas privadas: las GAFAM (Google, Apple, Facebook, Amazon, Microsoft), todas estadounidenses que, a escala planetaria, acaparan las diferentes facetas de la Red, y de las que son extraordinariamente dependientes los aproximadamente 3.500 millones de internautas, quienes, a su vez, las alimentan con todos sus datos personales. Y de este modo, las enriquecen descomunadamente.

Para las generaciones de menos de 40 años, la Red es sencillamente el ecosistema en el que han madurado su pensamiento, su curiosidad, sus gustos y su personalidad (17). Para ellos, Internet no es sólo una herramienta autónoma que se utiliza para

16 Véase “Entrevista exclusiva: vicealmirante Arnaud Coustillièrre, oficial general ‘ciberdefensa’ del estado mayor de los ejércitos”, *Cyber Risques News*, 7 de abril de 2015. <http://www.cyberisques.com/fr/motscles-11/433-entretien-exclusif-vice-admiral-arnaud-coustilliere-officier-general-cyberdefenseal-etat-major-des-armees>

17 Es interesante destacar que, si el 60% de los franceses percibe la existencia de archivos de vigilancia como un “atentado a la vida privada”, la franja de edad de los 18 a los 24 años, es decir, la de los principales usuarios de Internet, es la que se muestra más preocupada en este sentido: el 78% de ellos denuncia que “su vida privada está insuficientemente protegida en Internet”. Estudio realizado a instancias de la Comisión Nacional de Informática y Libertades (CNIL), París, 2008.

tareas concretas. Es una inmensa esfera intelectual, en la que se aprende a explorar libremente todos los saberes. Y, al mismo tiempo, un ágora sin límites, un foro donde la gente se encuentra, dialoga, intercambia y adquiere cultura, conocimientos y valores, generalmente compartiéndolos.

Para estas nuevas generaciones, Internet representa lo que para sus antepasados fueron simultáneamente la Escuela y la Biblioteca, el Arte y la Enciclopedia, la Ciudad y el Templo, el Mercado y la Cooperativa, el Estadio y el Escenario, el Viaje y los Juegos, el Circo y el Burdel... Es tan fabuloso que “por el placer de evolucionar en un universo tecnológico, el individuo no se preocupe de saber, y aun menos de comprender, que las máquinas gestionan su vida cotidiana. Que cada uno de sus actos y gestos es registrado, filtrado, analizado y, eventualmente, vigilado. Que, lejos de liberarlo de sus ataduras físicas, la informática de la comunicación constituye sin duda la herramienta de vigilancia y control más formidable que el hombre haya puesto a punto jamás” (18).

Y esto no ha acabado. Ya que, insaciables, los gigantes de la Red quieren ahora extender su dominio al conjunto de la humanidad, con el pretexto de la emancipación y la liberación. Paul Virilio, al evocar las catástrofes industriales, que son por definición contemporáneas a la era industrial, nos ha enseñado que, por ejemplo, la invención del ferrocarril conllevó simultáneamente la invención de los accidentes de tren. Con la Web pasa algo parecido. La catástrofe industrial de Internet es la vigilancia masiva, de la que sólo escapan —consuelo de pobres— los que no tienen Internet; es decir, alrededor de la mitad de los habitantes del planeta.

Pero los gigantes de la Red —Google, Facebook y, concretamente, Microsoft— quieren acabar con esta injusticia: “Si conectamos a Internet a los cuatro mil millones de personas que no tienen acceso a la Red, tenemos la oportunidad histórica de educar al

18 Jean Guisnel, en el prólogo a la edición francesa del libro de Reg Whitaker, *Tous fliquéés! La vie privée sous surveillance*, Denoël, 2001, París, 2001.

conjunto del mundo en las próximas décadas”, ha declarado, por ejemplo, el dueño de Facebook, Mark Zuckerberg (19).

El 26 de septiembre de 2015, Zuckerberg, Bill Gates, fundador de Microsoft, Jimmy Wales, fundador de Wikipedia y otros (20) insistieron ante la ONU, inscribiendo su posición en el marco de los objetivos de desarrollo sostenible fijados por las Naciones Unidas para erradicar la pobreza extrema hasta el año 2030 (21): “Internet pertenece a todo el mundo, por lo tanto debe ser accesible a todo el mundo” (22). Aunque Facebook no había esperado para lanzar, en agosto de 2013, internet.org, una aplicación para smartphones que permite a las poblaciones de los países pobres acceder gratuitamente a la red Facebook y a una selección de unos cuarenta sitios web, Wikipedia entre ellos (23).

Por su parte, Alphabet (Google) ha puesto a punto su propio proyecto de ampliar al mundo entero el acceso a Internet. Para proporcionar gratuitamente a los “condenados de la Tierra” los beneficios de su motor de búsqueda, esta empresa global cuenta sobre todo con apoyarse en su programa Loon: globos de helio instalados en la estratosfera.

Sin dudar en absoluto de la intención de estos gigantes de la Red de mejorar el destino de la humanidad, podemos preguntarnos si no los motivan también consideraciones más comerciales, puesto que la principal riqueza de estas empresas ineludibles —casi en situación

19 “To Unite the Earth, Connect It”, *The New York Times*, 26 de septiembre de 2015.

20 El propietario de Virgin, Richard Branson, la fundadora del *Huffington Post*, Ariana Huffington, el cantante Bono, la actriz Charlize Theron, la cantante Shakira, el actor George Takei, etcétera.

21 <http://www.globalgoals.org>

22 AFP, 27 de septiembre de 2015.

23 Aunque en principio es elogiado, el proyecto se enfrenta a fuertes críticas, especialmente en India. Estos son los reproches: con internet.org, Facebook perjudicaría la neutralidad de la Red al decidir por sí mismo los sitios web a los que se pueden conectar los internautas. Además, crearía una Red a dos velocidades, la de los ricos, capaces de acceder a toda ella, y la de los pobres, conectados únicamente a algunos servicios. Véase, por ejemplo, *Le Monde*, París, 29 de diciembre de 2015.

de monopolio planetario— es el número de conectados. Facebook o Google, por ejemplo, no venden nada a los internautas; venden sus miles de millones de usuarios a los anunciantes publicitarios. Es lógico, por lo tanto, que a partir de ahora quieran venderles todos los habitantes de la Tierra. Simultáneamente, cuando el mundo entero esté conectado, podrán transmitir a la NSA, en una doble operación, todos los datos personales de todos los habitantes de la Tierra ... ¡Bienvenidos al Imperio de la vigilancia!

La voluntad de saberlo todo

Este propósito de control total de Internet representa, para nuestras sociedades democráticas, un peligro inédito: “Permitir la vigilancia de Internet —afirma Glenn Greenwald, el periodista estadounidense que difundió las revelaciones de Edward Snowden (24)— llevaría a someter a un exhaustivo control estatal prácticamente todas las formas de interacción humana, incluido el pensamiento mismo” (25).

Esta es la gran diferencia con respecto a los sistemas de vigilancia del pasado. Sabemos, siguiendo a Michel Foucault, que la vigilancia ocupa un lugar primordial en la organización de las sociedades modernas, que son también “sociedades disciplinarias”, en las que el poder trata de ejercer el mayor control social posible mediante complejas técnicas y estrategias de vigilancia (26).

24 Edward Snowden nació el 21 de junio de 1983. Ex consultor de los servicios secretos estadounidenses, trabajó para la CIA y la Agencia Nacional de Seguridad (National Security Agency, NSA). Reveló los detalles de varios programas estadounidenses y británicos de vigilancia masiva. Como consecuencia de sus revelaciones, el 22 de junio de 2013 el Gobierno de Estados Unidos lo acusó de espionaje, robo y “utilización ilegal de bienes gubernamentales”. Refugiado en Hong Kong, en junio de 2013, y después en Moscú, Edward Snowden obtuvo el 1 de agosto de 2014 el derecho a residir en Rusia durante tres años (fuente: Wikipedia).

25 Glenn Greenwald, *No Place to Hide, Edward Snowden, the NSA and the US Surveillance State*, Nueva York, Metropolitan Books, 2014; edición en español: *Sin un lugar donde esconderse*, Ediciones B, 2014.

26 Michel Foucault, *Surveiller et punir*, Gallimard, París, 1975; edición en español: *Vigilar y castigar*, Biblioteca Nueva, 2012.

Esta voluntad del Estado de saberlo todo sobre sus ciudadanos se legitima políticamente mediante la promesa de una mayor eficacia en la administración burocrática de la sociedad: el Estado afirma que será mucho más eficaz y, por lo tanto, servirá mucho mejor a los ciudadanos, si los conoce mejor, mucho más profundamente. No obstante, al ser cada vez más invasiva, la intromisión del Estado ha terminado por provocar, desde hace tiempo, un creciente rechazo por parte de los ciudadanos apegados al santuario de su vida privada. En 1819, Benjamin Constant, en su célebre ensayo “De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos”, reclamaba la protección de la esfera privada. Y, ya en 1835, Alexis de Tocqueville señalaba que las modernas democracias de masas crean ciudadanos individuales, una de cuyas principales preocupaciones es la protección de sus derechos. Y esto los hace especialmente puntillosos y beligerantes contra las abusivas pretensiones de intromisión del Estado (27).

Esta tradición se prolonga hoy en la persona de los “lanzadores de alertas”, como, por ejemplo, Julian Assange y Edward Snowden, ambos ferozmente perseguidos por las autoridades de Estados Unidos, y a quienes defiende valientemente el gran intelectual estadounidense Noam Chomsky en la entrevista que se publica en los Anexos de este libro:

Para estos “lanzadores de alertas”, su lucha por una información libre y transparente es casi un combate natural. ¿Lo conseguirán? Eso depende de la gente. Si Snowden, Assange y otros hacen lo que hacen, es en su calidad de ciudadanos. Ayudan a los demás a descubrir lo que hacen sus propios gobiernos. ¿Qué objetivo más noble puede tener un ciudadano libre? Y son severamente castigados por ello. Si Washington consiguiera ponerles la mano encima, sería peor todavía. En Estados Unidos hay una ley de espionaje que data de la Primera Guerra Mundial; Obama

27 Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, Akal, 2007.

se ha servido de ella para evitar que las informaciones difundidas por Assange y Snowden lleguen al público. El gobierno va a intentarlo todo, incluso lo inconfesable, para protegerse de su “enemigo principal”. Y el “enemigo principal” de todo gobierno es su propio pueblo (28).

¿El fin de la vida privada?

En la era de Internet, el control del Estado puede alcanzar dimensiones alucinantes. Porque, de una u otra forma, ahora confiamos en Internet nuestros pensamientos más personales e íntimos, tanto profesionales como emocionales. Por eso, cuando el Estado decide escanear nuestro uso de la Web con la ayuda de tecnologías superpotentes, no sólo sobrepasa sus funciones, sino que profana nuestra intimidad, deshuesa literalmente nuestra alma y saquea el refugio de nuestra vida privada.

Sin que tengamos conciencia de ello, a ojos de los nuevos “Estados de control” nos volvemos semejantes al protagonista de la película *The Truman Show* (29), directamente expuestos a la mirada de miles de cámaras y bajo la escucha de miles de micrófonos que exponen nuestra vida privada a la curiosidad planetaria de los servicios de información.

En este sentido, Vince Cerf, uno de los creadores de la Red, piensa que “en la época de las modernas tecnologías digitales, la vida privada es una anomalía” (30). Leonard Kleinroc, uno de los pioneros de Internet, es incluso más pesimista: “Esencialmente —dice—, nuestra vida privada se ha terminado, y puede decirse que es imposible recuperarla” (31).

28 Véanse págs. 127-146.

29 Peter Weir, *The Truman Show*, 1998.

30 *Marianne*, 10 de abril de 2015.

31 *El País*, Madrid, 13 de enero de 2015.

Tanto más cuanto que las empresas privadas, sobre todo las GAFAM, tratan también de saber lo máximo sobre nosotros, invocando los beneficios que un mayor conocimiento de nuestros datos personales podría procurarnos, de acuerdo con el principio: “Dime todo sobre ti, y te serviré mejor”. Que en realidad quiere decir: “Te controlaré mejor, y ya no podrás escapar de mí”.

Muchos ciudadanos se resignan a que se ponga fin a su derecho al anonimato, como si fuera una especie de fatalidad de nuestro tiempo. Ante esta indiferencia respecto a una de nuestras libertades fundamentales, reacciona el sociólogo Zygmunt Bauman, que exclama: “Lo que me asusta no es la llegada de una sociedad de la vigilancia, sino que vivamos ya en ella sin que ello nos preocupe”. Por otra parte, el deseo de defender nuestra vida privada puede parecer reaccionario o “sospechoso”, porque sólo los que tienen algo que ocultar tratan de esquivar el control público. Por lo tanto, las personas que piensan que no tienen nada que reprocharse, nada que esconder, no son hostiles a la vigilancia del Estado. Sobre todo si, como prometen las autoridades, la vigilancia va acompañada de sustanciales beneficios en materia de seguridad.

Pero este discurso: “Dadme un poco de vuestra libertad y os devolveré el céntuplo en seguridad” es una trampa para ingenuos. La seguridad total no existe, no puede existir. Mientras que la “vigilancia total” se ha convertido, por el contrario, en una realidad cada vez más verosímil.

Contra la estafa de la seguridad, cantinela constante de todos los poderes, recordemos la lúcida advertencia lanzada por Benjamin Franklin, uno de los padres de la Constitución de Estados Unidos: “Un pueblo dispuesto a sacrificar un poco de libertad por un poco de seguridad no merece ni una ni otra. Y acaba perdiendo las dos”.

Una reflexión de completa actualidad, que debería alentarnos a defender nuestro derecho a la vida privada, cuya principal función no es otra que salvaguardar nuestra intimidad. Jean-Jacques

Rousseau, el filósofo de la Ilustración, el primer pensador que “descubrió” la intimidad, nos dio ejemplo de ello. ¿No fue acaso el primero en rebelarse contra la sociedad de su tiempo y contra la voluntad inquisitorial de controlar la conciencia de los individuos?

El fin de la vida privada sería una auténtica calamidad existencial, ha señalado también la filósofa Hannah Arendt en su libro *La condición humana* (32). Con enorme clarividencia, apunta en ese ensayo los peligros que representa para la democracia una sociedad que no distinga suficientemente entre vida privada y vida pública. Lo cual supondría, según Arendt, el fin del hombre libre. Y arrastraría inexorablemente a nuestras sociedades hacia nuevas formas de totalitarismo.

32 Hannah Arendt, *La condición humana*, Paidós, 2011.

Capítulo 1

Terror y antiterror

El terrorismo es ante todo un acto político que trata de provocar un efecto político. Si por su causa cambiamos nuestra sociedad, sale ganando.

Tom Clancy

En la era digital se está intensificando, en todo el mundo, un debate social sobre tres realidades que chocan entre sí: la amenaza de una vigilancia electrónica generalizada, técnicamente posible a partir de ahora; la indispensable salvaguarda de la vida privada, y la necesidad de seguridad frente a nuevas formas de criminalidad y terrorismo.

El uso del terror con fines políticos viene de antiguo. Aunque no tanto, pues no hay terrorismo, en el sentido moderno del término, sin medios de comunicación de masas que mantengan y amplifiquen el efecto del miedo colectivo (1). Ahora bien, los medios de masas no aparecen hasta la segunda mitad del siglo XIX. Por chocante que pueda parecer, un acto terrorista es casi siempre un (sangriento) mensaje dirigido a una colectividad por una or-

1 Véase Ignacio Ramonet, *Guerres du XXIème siècle. Peurs et menaces nouvelles*, Galilée, Paris, 2002; edición en español: *Guerras del siglo XXI. Nuevos miedos, nuevas amenazas*, Random House, Barcelona, 2003. Y Herfried Münkler, *Viejas y nuevas guerras: asimetría y privatización de la violencia*, Siglo XXI, Madrid, 2005.